

LA COMUNICACION INTERCULTURAL DESDE EL ANGULO AXIOLOGICO

Ricardo Marín Ibáñez

El hombre es un ser abierto, comunicativo. El animal ya lo es mediante sus sentidos que le permiten captar una realidad distante y reaccionar adecuadamente. Pero el hombre por su entendimiento supera infinitamente esta capacidad de los sentidos de captar el entorno presente.

Decían los clásicos que el entendimiento se hace en cierto modo todas las cosas. Se dilata por el pasado, el presente y el futuro; desde los secretos del átomo hasta los misterios de Dios, son motivo de su especulación. El hombre es esencialmente un ser-con-lo-otro y con-los-otros-, intrínsecamente comunicativo. Vivir es convivir. Pero esta dimensión constitutiva adquiere nuevos matices en la situación del hombre contemporáneo. La comunicación supera los horizontes pretéritos y convierte al universo entero en su morada. El hombre es no sólo colectivamente considerado sino además individualmente en algún modo y cada vez más, auténticamente *planetario*. Los mensajes, las informaciones le llegan de todos los puntos cardinales y, al menos potencialmente, cualquiera puede hacer llegar su voz a todos los rincones de la tierra.

Con motivo de acontecimientos deportivos como las olimpiadas o el campeonato mundial de fútbol, un tercio de la humanidad distribuida entre todas las naciones ha podido contemplar los mismos hechos, percibir las mismas imágenes y recibir comentarios similares. Gracias a la transmisión a través de los satélites interconectados, todos pueden estar presenciando los mismos acontecimientos y recibiendo idénticos impactos culturales. La posibilidad

ya inmediata de que el televisor de cada casa pueda captar directamente estos mensajes a través de los satélites, confiere a cada cual unas posibilidades de acceso a fuentes de información audiovisual que le ofrecen una instantánea presencialidad en todo el universo. Cada cual puede ser vecino, próximo, de todo hombre, gracias a las dilatadas posibilidades de los medios de comunicación. Esta situación plantea nuevos problemas a la relación intercultural Oriente-Occidente, especialmente cuando la consideramos desde el ángulo axiológico.

He aquí algunas de las antinomias con las que nos enfrentamos, y que se van a agudizar en los años venideros.

En primer lugar existe el riesgo y a la vez la esperanzadora posibilidad de un acercamiento de las culturas y una aproximación de los valores, que puede tener un efecto de *uniformidad empobrecedora*, de unificación que aplaste la riqueza diferencial, y por otra que la incitación mutua facilite la eclosión de *formas culturales inéditas enriquecidas* y enriquecedoras.

El riesgo de la pérdida de la identidad propia suscita reacciones crispadas. Surgen por todas partes movimientos que intentan recuperar el pasado, sus monumentos, testimonios, lengua, costumbres y folklore. La humanidad parece seguir un *movimiento pendular de la unidad a la multiplicidad*, de la igualdad simplificadora a la variedad de una complejidad que nos desborda. Lo curioso es que en el presente ambas tendencias se manifiestan con una *radicalidad* como nunca se dio en la historia. Se siente la urgencia de un *lenguaje universal* que permita una comunicación entre todos. De hecho las comunicaciones aéreas, marítimas y de los computadores para poder enlazar los bancos de datos de todo el mundo, están recurriendo al inglés, que es prácticamente la lengua universal en la diplomacia, en las comunicaciones internacionales y para las relaciones científicas. Simultáneamente cada comunidad lingüística se identifica con su propio idioma, lo cultiva y le da un reconocimiento y una expansión sin precedentes.

Los 3.500 idiomas hablados en la actualidad, de los cuales 500 han logrado ser escritos y sólo 16 superan los 50 millones de hablantes, convierten la comunicación mundial en una auténtica Babel. Un sencillo lenguaje internacional, en la línea por ejemplo del esperanto, o la traducción instantánea, automática, son vías a tener en cuenta para un problema que puede bloquear el acercamiento de las culturas. Y esto sin descuidar el cultivo de la riqueza irrepetible de cada lengua.

Esta dialéctica de la unidad y multiplicidad, llevada a sus lími-

tes desde el punto de vista axiológico en el que queremos centrar nuestra intervención, plantea problemas que dejan en las nuevas generaciones una impresión de escándalo y contradicción. Los valores más firmemente asentados en Oriente parecen entrar en contradicción con los de Occidente, pero el hombre necesita coordinar las ofertas que le presentan, reducir a la unidad la diversidad, dar una explicación razonable de lo múltiple y dispar, y en el campo axiológico integrar las diversas escalas en una cosmovisión valorativa coherente.

Pero el riesgo anida en esa riqueza caótica de sugerencias. Fácilmente se puede llegar a un *relativismo desalentador*. Entre tantos patrones de vida, una reacción inmediata es la de que todos valen igual o lo que es lo mismo, ninguno vale nada. O si se prefiere evitar esta expresión nihilista, se podría llegar a la conclusión de que son irrelevantes y por lo tanto no hay modo de decidirse por ninguno de los modelos en pugna.

Hay una palabra que se está generalizando entre los jóvenes de habla hispánica que es el "pasotismo". Es una simplificación de la expresión "pasar de todo", es decir no comprometerse, permanecer alejado e indiferente. Es una reacción típica, casi natural cuando captamos informaciones divergentes. Lo normal es suspender el juicio, esperar a obtener la evidencia de que alguna es verdadera, tal vez ninguna, o quizá, parcialmente y en aspectos diferentes, todas. Lo grave es que no todos tienen tiempo ni preparación, criterios ni documentación, para contrastar el valor de las opciones que se nos ofrecen.

Tal bombardeo informativo llega, no únicamente a las personas a quienes concierne, sino a todos. La prensa, las revistas, la televisión, el radio, o los carteles de propaganda, comercial o política; alcanzan a todos sin distinción, desde el niño de escasa edad que apenas puede entrever el sentido de las informaciones, al experto que pondera su valor exacto.

La mayor parte de estos mensajes son opiniones de difícil contrastación, que desconciertan más todavía.

Todo esto puede llevar, y de hecho lleva en no pocas ocasiones, a un relativismo valoral. Se acepta que hay valoraciones múltiples y discordantes pero no valores firmes establecidos a los que de alguna manera pudiéramos acogernos.

Se trata de un relativismo que presenta dos vertientes: una individual y otra colectiva. En la primera es el sujeto particular el que ante una panorámica desconcertada y desconcertante, renuncia al reconocimiento de todo valor que de algún modo se le imponga.

Quiere hacer lo que quiere, cuando quiere, porque quiere.

Sin embargo pronto comprende que con esta regla de valoración no puede ir muy lejos en la vida. Frente a las más elementales normas de circulación o los requisitos profesionales, desde los hábitos cotidianos de vestido, aseo o higiene, a los derechos más profundos de los demás a quienes ha de respetar y no puede pisotear impunemente, encuentra que su actitud no le sirve como norma de vida y tiene que estar constantemente haciendo difíciles componendas y equilibrios entre su agnosticismo valoral y las estimaciones y preferencias del ámbito socio-cultural en que vive.

Lo normal es que se resigna a un *relativismo sociológico*. Se aceptan los valores que permiten la convivencia y la pervivencia del grupo, se adapta a modas, usos, convicciones y normas que han ido decantando los avatares históricos y que parecen configurar el ser de una cultura determinada. Y se adoptan como una cuestión de hecho, no de derecho. Se reconocen porque no hay más remedio y porque la sanción legal o social no da pie para otras opciones.

Sin embargo nadie puede vivir en esta incertidumbre valoral. La vida nos obliga en todo momento a elegir entre unas cosas y otras, anteponemos y posponemos de entre las múltiples alternativas que se nos ofrecen, aquéllas que nos satisfacen más, que producen una huella más profunda, que están de acuerdo con nuestro personal modo de ser, que responde a nuestro proyecto de vida.

El mundo de los valores no es nunca un mundo plano, indiferente, en el que todo es igual. El *valor rompe nuestra indiferencia*, nos atrae y a veces incluso nos fascina, mientras que el *antivalor produce repulsa*. Sentimos aversión por el dolor, la humillación, el desprecio de nuestra cultura. Cada mañana, cada instante, hay que estar eligiendo. Configuramos nuestra vida al compás de nuestras decisiones, de nuestras preferencias, que no siempre se traducen en comportamientos externos. Nuestras estimaciones constantemente ganan nuestra conciencia, dejan su huella, marcan nuestras vidas y modelan nuestro ser.

El hombre como ser valorante no deja nunca de funcionar.

El escepticismo individual únicamente tiene posibilidad de aplicarse en aquellos campos en los que no se está implicado vitalmente, son los que no obligan a tomar decisiones, pero nunca en aquellas áreas donde la vida se desenvuelve y realiza. Yo puedo ignorar el valor, o no reconocer ninguna de las alternativas que ofrezca un programa político, pero no las autoridades que tengan que traducirlo en disposiciones legales y configurar el futuro de acuerdo a tal ideario.

Lo mismo acontece al profesional en su campo de acción. Ahí no se le permite la irresponsabilidad de "quiero porque quiero", se necesita una fina estimativa, un ejercicio constante, para sopesar y distinguir lo oportuno de lo improcedente, lo eficaz de lo ineficaz, lo más válido de lo menos válido y por supuesto de lo inválido.

Estamos confundidos ante esta civilización planetaria en la cual todas las culturas se acercan, se influyen, se interpenetran, donde la multiplicidad variopinta empuja a la curiosidad intrascendente y a veces a la duda paralizadora. El abanico cada vez más rico en alternativas nos obliga a tomar decisiones, quizá sin criterio ni tiempo para meditarlas y simultáneamente se nos exige comprometernos en elecciones más conscientes, más personales.

Ni de hecho ni de derecho hay escepticismo valoral que pueda sostenerse. Pero huyó la tranquilidad de quien vive instalado en una determinada cultura, aquélla de que gozaban las generaciones que encontraban casi todo resuelto y no había más que adaptar sus preferencias a un "ethos" colectivo que parecía uniforme o al menos donde las discordancias eran escasas y los valores se compartían mayoritariamente.

Estamos arrojados a un abrupto panorama lleno de contrastes donde es difícil trazar el propio sendero como individuo o como grupo. No es fácil delimitar el perfil exacto de cada cultura en el concierto universal de los pueblos. Resulta arriesgado separar lo que significa mantener y sostener la *propia idiosincrasia* y lo que es imprescindible para abrirse hacia una *dimensión universal* que no se puede soslayar en el mundo contemporáneo.

Hay un rasgo axiológico que incide de una manera clara en nuestro problema. Para participar activamente del mundo valoral, para trascender una fría contemplación cortés e infecunda, para aportar algo personal se exige cierta *limitación* del ámbito de los valores. Necesitamos entregarnos *apasionadamente* a alguno de ellos, encender nuestra vida con algún ideal que normalmente nos lleva a los mayores sacrificios. El político, el artista, el investigador o el hombre que hace avanzar la cultura, no suelen tener tiempo ni humor para entusiasmarse por tareas que les son muy ajenas, sobre todo si se trata de figuras cimeras influyentes y más aún cuando emprenden una línea renovadora.

¿Cómo conciliar la intensidad, la entrega y hasta el apasionamiento necesario para convertirse en creador, iniciador de un movimiento innovador, y la actitud amplia desprendida y hasta fría de quien debe distribuir sus entusiasmos entre múltiples valores, a veces tan alejados entre sí?

No es fácil dar con soluciones simplistas. Pero en cualquier caso hay que contar con ambas variables, la *intensidad* reclamada por el espíritu creador y la *amplitud* de quien se limita a la mera información y hasta una cierta estimación de múltiples valores en curso, que tienen su vigencia en corrientes y culturas dispares.

Se trata más que de contradicciones e incompatibilidades, de un orden de *prioridades*, guiado siempre no por relativismos descorazonadores ni por escepticismos que inmovilizan, sino por una cuidadosa ponderación de los valores en juego, de aquellos que en cada momento permitan una adecuada conjunción entre lo deseable y lo factible. Es la clásica ley entre la intensidad y la cantidad que están en relación inversa, y hay que estudiar en qué momento es mejor inclinarse hacia una u otra.

Quizá convenga recordar que los valores vienen caracterizados por su *polaridad*. A cada valor se le contrapone su antivalor que le persigue como un eco fatídico. Valoramos la salud, la agilidad, la fuerza y la belleza como constaba ya en el canon clásico, porque nos asedia la enfermedad, la debilidad, lo antiestético. Los esfuerzos a lo largo de la historia de la humanidad para alcanzar el valor de la justicia y una convivencia más equitativa, vienen orlados por una secuela de injusticias, de hondas desigualdades y de la negación de un mundo fraterno, como si al hombre no le importara lo que acontece a su prójimo.

Según el Banco Mundial 800 millones de personas sufren una pobreza absoluta, cifra que para la Oficina Internacional del Trabajo se eleva a 1.100 millones, es decir una cuarta parte de la humanidad. En 1980 el producto por habitante era para los países industrializados de 10.660 dólares, mientras que en los de renta nacional baja era de 250, es decir 42 veces menor. Pero esta cifra encubre una realidad más escandalosa; si contemplamos los dos extremos de la escala la diferencia llega a ser ¡de uno a doscientos! Junto al despilfarro de recursos coexiste miseria total. En los países desarrollados la mortalidad infantil es de uno por mil, en tanto que en los subdesarrollados la cifra sube a veinte. El panorama se presenta aún peor en los países de más baja renta: de mil niños doscientos morirán antes de cumplir el año. En los países industrializados dos personas de cada cien son analfabetas, en no pocos países en desarrollo la proporción es de 40 y en algunos llega a los 60.

Pasemos al plano de las comunicaciones que tan de cerca se vinculan al objetivo de nuestro coloquio. Los países de producto nacional modesto es decir hasta 400 dólares, tienen poco más de un teléfono y cinco televisores por cada mil habitantes, mientras en las

naciones desarrolladas cada tres personas tienen un televisor y un teléfono, es decir no hay familia que carezca de estos medios de comunicación. En los receptores de radio las discordancias son profundas aunque no tan absolutas: hay 56 por mil habitantes en los países modestos, y 741 en los desarrollados. La comunicación, capital para el diálogo de las culturas, está frenada por tan graves desequilibrios.

Sin embargo estos datos, por dolorosos que sean no pueden llevarnos a la falsa idea que los países que están en clara minusvalía según esas cifras poseen culturas de menos interés.

Entre todas las culturas van alumbrando inéditas posibilidades valorales. En sus respectivas aportaciones originales, únicas, se reconoce la huella humana en sus momentos cimeros y que al ser contemplados por lo demás, son fuentes de inspiración, de renovación espiritual, estímulo perenne como una lluvia primaveral que facilita la eclosión de lo mejor en cada tierra. Las culturas aisladas, cerradas, acaban en la repetición o en la esterilidad.

Cuando volvemos la vista hacia el pasado admiramos tan plurales realizaciones y no nos resultan incompatibles el bisonte de Altamira, el arte azteca, los templos hindúes, las mezquitas árabes, los cuadros o los tapices de las escuelas más variadas, sus industrias artesanales, su folklore y sus hábitos colectivos. Reconocemos que gran parte del acervo cultural del universo son versiones distintas o mejor aún posibilidades diferentes, de la condición humana. No se trata de realidades incompatibles por definición como algunos pretenden, pero a la vez su compatibilidad no siempre resulta fácil. No es cuestión de valores y antivalores, sino de diferentes realizaciones valiosas. En principio el diálogo intercultural puede y debe ser fecundo, aunque las condiciones de su viabilidad demandan precisiones conceptuales y reclaman una reflexión en común apenas iniciada, en la búsqueda de gozosas *coincidencias*, de sorprendentes *complementaridades* y de cegadoras *antinomias* que invitan a *síntesis* superadoras.

La meditación sobre la *jerarquía de valores* puede iluminar nuestro problema, pues no sólo son diferentes sino que unos valen más que otros y esto se da con especial vigor en los morales. La variopinta gama de reacciones que se producen ante la consideración de las culturas, se debe en no pequeña parte a que quien la contempla estima que hay un juego de valores convivenciales, de cosmovisión o sencillamente piensa que en algunos aspectos se viola o al menos queda minusvalorada la dignidad humana.

Con frecuencia se escucha que el valor económico es el primero y hasta que es condicionante de todos los demás, y en consecuencia se quiere medir el rango de individuos y naciones por el único y limitado indicador del producto nacional bruto. Pero una consideración axiológica elemental nos lleva a la conclusión de que es un valor subsidiario al servicio de los otros. Es un valor "para", no autosuficiente. Cualquiera sacrifica todo su dinero cuando está en juego su vida. En la historia de la humanidad encontramos innumerables páginas donde la existencia a su vez se inmola en favor de los más altos ideales.

Ya no se puede estimar el rango de las culturas por los niveles económicos alcanzados. Ni el desarrollo tiene un sentido uniforme ascendente, donde todos hubieran de seguir los mismos pasos repitiendo las etapas de los países que se designan como desarrollados. El diálogo Oriente-Occidente encuentra buenos motivos, cuando se medita en común sobre el despilfarro de recursos naturales que son patrimonio de todos, y los estamos llevando a su agotamiento. Seis millones de hectáreas anualmente devoramos al bosque, el gran pulmón de la humanidad. Ríos, lagos y mares polucionados se han hecho inhabitables para algunas especies. No tiene sentido esa competencia feroz por los bienes consumidos de una manera irracional. Se impone una consideración del desarrollo armónico que ponga el acento, más en el *ser* que en el *tener*, más en la *calidad* de la vida que en el *consumo* desbordado, más en suscitar valores *convivenciales* que en la *agria competición*, la desconfianza y la confrontación. Los valores espirituales pueden ser fácilmente compartidos y su difusión es factible a través de los medios de información de masas. Los bienes puramente materiales, por principio, dividen. Una obra de arte puede ser contemplada ilimitadamente. La ciencia espera cultivadores sin fin que gocen de ella. Y no hay riesgo de que se agote. Pero los bienes materiales de suyo se prestan a conflictos porque excluyen a otros de su posesión.

En las inevitables decisiones cotidianas, individuales o colectivas, se anteponen o posponen unos valores a otros, se jerarquizan y ordenan en conjuntos preferenciales. Normalmente los valores inferiores de la escala son más universalmente reconocidos y a medida que ascienden requieren más delicadas elecciones, las divergencias son mayores, pues en definitiva comprometen y dan sentido a los demás.

Veamos en una rápida esquematización la posibilidad de un diálogo en este tema controvertido de la jerarquía de los valores, que es posiblemente el punto que induce a un desconcierto mayor.

y el que parece más entregado a las decisiones individuales o a las preferencias colectivas. Cada pueblo y momento parecen caracterizados por la articulación de los valores que le da un perfil propio a su cosmovisión. Parece que aquí el diálogo intercultural estuviera cerrado y hubiera que dejar cada cual a su albur, sin comunicación posible.

Para enfrentarnos a este problema utilizaremos dos vías metodológicas; una la reflexión de axiólogos de claro renombre, y otra el análisis de los valores que los distintos países colocan en el frontispicio de sus sistemas educativos, aquéllos que traducen en los grandes objetivos mediante los cuales quieren configurar a las nuevas generaciones y que han recogido los organismos internacionales de educación.

Un breve análisis de las clasificaciones establecidas por los axiólogos de claro renombre, nos lleva a la conclusión de sorprendentes coincidencias. El siguiente cuadro lo patentiza. Para elaborarlo hemos recurrido a los trabajos de:

- Hugo Münsterberg (1863-1916) en su “Filosofía del valor”.
- Enrique Rikert (1863-1963), “Problemas fundamentales de la filosofía”.
- Max Scheler (1878-1928), “Ética”.
- José Ortega y Gasset (1882-1955), “Introducción a la estimativa”.
- René le Senne (1882-1954), “Obstáculo y valor”.
- Luis Lavelle (1883-1951), “Tratado de los valores”.

Ver cuadro página siguiente.

En una reciente tesis doctoral de Concha Gómez, leída este mismo año en la Universidad de Valencia (España), y de la que he sido director, tras el análisis de numerosos documentos internacionales y de las declaraciones de los países que a través de sus sistemas educativos intentan alcanzar los valores que estiman claves para garantizar la idiosincrasia y el desarrollo nacional, comprobamos inesperadas analogías. He aquí una lista de los objetivos reconocidos prácticamente por todas las naciones.

- Lograr la formación integral de la personalidad.
- Alcanzar un nivel cultural básico.
- Promover el desarrollo intelectual.
- Alcanzar una adecuada formación científica.
- Potenciar una adecuada formación técnica.

Autores	Müsterberg	Rickert	Scheler	Ortega y Gasset	Le Senne	Lavelle
Valores						
Verdad	Lógicos	Verdad	Conocimiento Verdad	Intelectual	Verdad	Intelectual
Belleza	Estéticos	Belleza	Estéticos	Estéticos	Arte	Estéticos
Moralidad	Eticos	Moralidad	Lo justo	Morales	Moral	Morales
Trascendencia	Metafisicos	Santidad	Lo santo	Religiosos		Espiritual
Amor. Agrado		Amor Felicidad	Agrado		Amor	Afectivo
Salud	Vitales		Vitales	Vitales		
Utilidad				Utiles		Económico

- Preparar para la vida profesional.
- Promover la educación física.
- Potenciar la educación estética.
- Proporcionar una formación moral.
- Potenciar la valoración de la dignidad de la persona.
- Fomentar el amor y respeto a la libertad.
- Desarrollar el espíritu crítico.
- Facilitar la autoformación.
- Facilitar una información rica y suficiente para decidir en todos los aspectos de la vida.
- Ayudar a la adaptación de la sociedad en cambio.
- Conseguir mediante la educación el desarrollo económico del país
- Lograr el progreso social del país.
- Conseguir el progreso político de la comunidad.
- Conservar el patrimonio cultural del país.
- Lograr el conocimiento de la lengua nacional como vínculo de unión.
- Fomentar el amor a la patria.
- Estimular la solidaridad familiar.
- Conseguir la escolarización total de la población.
- Potenciar el acceso a todos los niveles educativos.
- Favorecer la cooperación internacional.

Cualquier actividad humana está volcada al futuro, que si en cierto modo se apoya en el presente y es prolongación de las tendencias pretéritas, también es cierto que nuestra imagen de lo que deseamos en el porvenir, los valores que nos gustaría ver realizados, acabarán configurándolo.

De los dos métodos para desvelar el futuro, en épocas pasadas de relativa estabilidad se prefería el *descriptivo*, según el cual, analizando las tendencias al alza en el presente, podremos anticipar de alguna manera lo que acontecerá; en tanto que el método *normativo* prefiere trazar los objetivos que queremos lograr, diseñar un modelo del porvenir y determinar las estrategias más adecuadas para alcanzarlo. Esto requiere una reflexión axiológica en común. Necesitamos cincelar la imagen de ese futuro común, de mutuo respeto y solidaridad entre las culturas que nos parece más valioso que el presente y por eso mismo exigimos sacrificios para alcanzarlo. Si se habla de un nuevo orden económico o de la información mundial, es porque se piensa que hay que establecer grandes reajustes y frenar los desequilibrios actuales. Y a la vez tendremos que analizar las tendencias vigentes, ver cuáles conviene potenciar y cuáles fre-

nar. Si es cierto que no hay modo de construir el futuro si no nos apoyamos en la realidad presente, también lo es que se impone la determinación de los valores por los que valga la pena emprender una tarea común. Habrá que diseñar los ideales que imantarán nuestra acción.

La famosa polémica reiterada a lo largo de la historia y agudizada en nuestro siglo sobre dogmatismo o relativismo axiológico, sobre objetivismo o subjetivismo, sobre si el valor depende de preferencias y caprichos personales o de gustos colectivos más o menos duraderos, o por el contrario tiene su propia sustantividad y nos obliga a reconocerlo; se ha mantenido en sus posiciones irreductibles, por la sencilla razón de que ambas conceptualizaban un aspecto interesante del fenómeno y tiene especial incidencia en el diálogo Oriente-Occidente. El *valor surge de la relación sujeto-objeto*, implica que el hombre se lanza a la búsqueda de algo que no tiene y que necesita para ser, vivir y pervivir o sencillamente para vivir mejor. Si no necesitáramos alimentarnos, la comida y la bebida no tendrían algún valor para nosotros; si no sintiéramos una tendencia irrepresible a conocer la realidad no tendría sentido la búsqueda incesante de información y ese esfuerzo tenso por no ignorar cuánto nos afecta. La ciencia y todo tipo de conocimientos brotan de esa tendencia radical. Anhelamos la verdad en cuanto implica la satisfacción de ese impulso. Y aún esa palabra abstracta de verdad en cuanto desvelamiento y posesión de la realidad por el conocimiento, según el talante de individuos y pueblos, se diversifica hasta lo infinito. La búsqueda de la verdad es una sed insaciable que se multiplica a medida que se va alcanzando.

Un análisis cuidadoso del hombre con sus rasgos y tendencias fundamentales, en su relación dinámica con los demás y lo demás, es otra vía que puede dar un perfil de los valores que fundamentan el diálogo intercultural.

Nuestra condición *biológica* reclama para su mantenimiento adecuado bienes con urgencia inaplazables. Necesitamos cotidianamente alimento y bebida, protegernos de las inclemencias del medio ambiente mediante la vivienda y el vestido, demandamos la ayuda del médico cuando nuestra salud ha quedado maltrecha por la enfermedad, y tenemos que mantener en forma nuestro organismo recurriendo al ejercicio físico o el deporte. Por ello las medidas higiénico-sanitarias y deportivas son valiosas. Corresponden a necesidades comunes de toda la especie humana que exigen ayuda mutua, intercambio de experiencias y nos llevan de inmediato a acciones comunes sin apenas problemas. Las competiciones deportivas facilitan

una relación mundial sin mayores conflictos fundamentales y la ayuda sanitaria no suele suscitar reserva alguna. La salud y el deporte son dos valores universalmente reclamados, por todos compartidos y que permiten un diálogo inmediato y fructuoso, una intercomunicación efectiva entre las culturas. No en vano actualmente se están difundiendo prácticas sanitarias y deportes típicos de las civilizaciones más alejadas en el tiempo y en el espacio y a las que se les está reconociendo un valor insospechado unos decenios atrás. La salud es el campo donde se hacen más patentes e intolerables las desigualdades. Se calcula en 430 millones las personas gravemente subalimentadas y 1.300 millones, las que no gozan de agua potable.

El panorama sanitario no es tranquilizador. Los egoísmos e insolidaridades son patentes, pero las bases para el diálogo y la común ayuda son manifiestas y la sensibilidad cada día es más aguda en el ámbito de los valores biológicos.

El hombre tiene una tendencia a producir instrumentos que multipliquen su influencia configuradora sobre el medio ambiente natural y social, quiere expandir su influjo, vencer al tiempo y al espacio, dominar las fuerzas de la naturaleza. El hombre es constitutiva, o al menos consecutivamente, "faber", fabricante, inventor de técnicas, productor de instrumentos y máquinas, trátese de una sencilla palanca o un cohete espacial, de la primitiva imprenta o de la capacidad actual de enviar y recibir mensajes sonoros y visuales a cualquier parte del universo. Sin entrar ahora en los problemas de los daños ecológicos o de los desequilibrios sociales, que a veces ha producido una tecnificación en la que no se previeron algunas de sus consecuencias indirectas para poderlas frenar a tiempo; hay que reconocer la dimensión exacta de este valor que se inserta en todos los planos de la actividad humana y puede de alguna manera facilitar instrumentos a todas sus necesidades. Los valores de la *técnica*, la *economía*, en los que ha destacado Occidente, es otro de los puntos que permiten una transferencia rápida y un diálogo intercultural de logros inmediatos. Sin embargo aquí empiezan a aparecer conflictos en grado muy superior al de los valores biológico-sanitarios. Los choques de intereses son mucho más directos y pueden llevar a enfrentamientos bélicos. Y esto por varias razones, porque los bienes materiales son por naturaleza *limitados*, porque son caminos e *instrumentos* para adquirir otros y porque su uso y disfrute resulta en principio *fácil*, con escaso esfuerzo, al menos en comparación con los espirituales. Son aquéllos que suscitan el común deseo de poseerlos, los que provocan directamente la competencia, aquéllos

en que de un modo más inmediato se hacen mas intolerables e injustas las desigualdades.

También por su carácter instrumental, ambivalente, se prestan más para utilizarlos en un sentido o en otro, para la construcción o la destrucción, para la convivencia o el odio. Con las 60.000 armas nucleares almacenadas por cinco potencias, la humanidad puede ser aniquilada en cualquier momento. Pese a todo los valores tecno-económicos reveladores de nuestra relación con el mundo, son un campo propicio al diálogo intercultural. Más aun, esta situación límite nos fuerza a ponernos de acuerdo, o perecemos todos. Una mínima ética en las relaciones internacionales y una prudente integración en los sistemas ecológicos y sociales, puede permitir el alumbramiento de una base común para la plural civilización planetaria. Es esperanzador que en los últimos veinticinco años se haya duplicado la producción agrícola hasta superar las necesidades globales, si bien la desigual distribución no ha logrado borrar el fantasma del hambre.

Cuestión aparte y más complicada es la que se presenta en el abanico de valores que pueden clasificarse como *espirituales* en los que Oriente ha hecho contribuciones definitivas. Recordemos la vieja tríada platónica de la belleza, la verdad y el bien. A medida que ascendemos en la escala valoral o que entramos en un mundo típico originalmente humano, la multiplicidad es mayor, la coordinación más difícil y el diálogo en principio más arriesgado. De suyo estos valores comunicables sin riesgo de que se agoten, pero cada cual se identifica tan profundamente con los suyos, que renunciar a ellos es como renegar del ser propio.

Comencemos por los valores *estéticos*. Es un mundo inexhausto desde las artes industriales y artesanales hasta las creaciones más sublimes de la literatura, las artes plásticas o la música. Nos encontramos con una variedad en principio inimaginable. Esa tendencia del hombre a saborear la belleza natural o artística, a producir las obras de arte, a dar un toque de gracia a su indumentaria personal a su morada o su "habitat", ha producido bienes de una riqueza incalculable. En los momentos de creación de una nueva corriente parecen despreciarse las demás, en búsqueda apasionada de lo nuevo que supere a lo actual.

En los creadores de nuevas escuelas y estilos, la intensidad profundizadora reduce drásticamente el panorama estético, pero pronto nos damos cuenta que tal incompatibilidad no lo era en sí misma, sino en los pioneros del nuevo movimiento. El Partenón, la catedral gótica de Reims, el Vaticano, el Taj Mahal o la Alhambra de Grana-

da, las admiramos con similar fruición, las incluimos en las obras de arte y en ellas siguen inspirándose los creadores que van a beber en sus aguas siempre fascinantes. Si cuando llega el renacimiento se abomina del gótico, o los informalistas rechazan todo lo figurativo, responde a la exaltación lógica de los momentos innovadores, pero después comprendemos que son concreciones varias, relumbres espectaculares de esa belleza común que las penetra y da sentido y que brilla de una manera aguda en todas las culturas.

Gracias a la industria cultural podemos admirar las obras de arte de reducidos grupos humanos y de culturas desaparecidas, igual que las producciones universalmente reconocidas. El valor de un mundo unificado por el común afán de belleza sólo puede cumplirse en esa variedad infinita de aportaciones. Cada cual ha dejado algo original incomparablemente único en este tapiz colectivo del arte y comprendemos como una mutilación, el olvido, descuido o la destrucción de alguna de esas manifestaciones. La búsqueda de identidades, el descubrimiento y reconstrucción del pasado, la declaración de monumentos histórico-artísticos, patrimonio de los pueblos y de la humanidad toda, son una prueba fehaciente de que el diálogo intercultural es posible y se está dando, que la apertura universal no tiene porque desembocar en una uniformidad desoladora. La comunicación se enriquece reconociendo ajenas realizaciones, que cuanto más originales y aún distintas más vigorosa será la renovación de las culturas.

También los valores intelectuales, los de la *verdad*, permiten un acercamiento común en todas sus dimensiones. Partimos del presupuesto de que el ser no contradice al ser y de que las verdades que llevan a su posesión por la mente, tampoco se contradicen. Pero el problema no es tan sencillo. De hecho las escuelas científicas en pugna, las teorías incompatibles, mantienen una actitud casi belicosa en el campo de la ciencia, mientras que la demostración y la evidencia parece reclamar una común coincidencia, basada en la identidad de la naturaleza humana. Más grave aún cuando los conflictos se dan con las convicciones cotidianas, con todos los tipos de creencias aceptadas que configuran la vida de los individuos y los pueblos. Sin embargo también aquí estimamos que el diálogo intercultural resulta fácil y que el nuevo orden mundial tendrá que contemplarlo.

Este campo se presta a fundamentar una profunda relación liberándonos de egoísmos y etnocentrismos. Por otra parte los instrumentos técnicos para esta transferencia de conocimientos está ya disponible, al menos en los países más desarrollados y no tardará mucho tiempo en estar al alcance de todos, dada la creciente econo-

mía de la informática. En los bancos de datos se va acumulando cuanto la humanidad ha ido elaborando en todos los campos. Algunos que pudieran considerarse como secretos tecnológicos o algún tipo de información sobre la seguridad nacional, imponen limitaciones más o menos justificadas, pero hoy el saber adquiere una dimensión auténticamente universal. El acopio de datos, su tratamiento, clasificación, elaboración, recuperación y difusión, son una vía impagable que va a potenciar el diálogo intercultural gracias a las nuevas tecnologías. Sin olvidar las vías tradicionales cada día más acrecidas y potenciadas en virtud de convenios bilaterales, multilaterales o patrocinadas por organismos internacionales de los cuales el ejemplo máximo es la UNESCO: el envío de expertos para colaborar con las autoridades, tratando de resolver los problemas "in situ", el desplazamiento de becarios a los centros de formación más prestigiosos y la difusión del material impreso, como libros o revistas. Se calcula que anualmente dos millones de científicos se reúnen en simposios internacionales. Todo son pruebas de ese diálogo entre las culturas que sin duda ha existido siempre, pero que se está expandiendo y potenciando a un ritmo sin par en toda la historia y en el que la progresiva comprensión mutua es un hecho irreversible, aunque la marcha no sea siempre lineal, ascendente.

Quizá la informática sea punto revelador para el diálogo científico intercultural. Su abaratamiento a un ritmo casi exponencial, parecería asegurar su general asequibilidad. La inmensa cantidad de información disponible ya no puede ser almacenada, tratada, difundida, sin ayuda del ordenador. Se calcula que cada día se producen 7.000 artículos, documentos o informes de investigación. Sólo el número de revistas de tecnología que se publican al año supera las 100.000. La información técnica se duplica cada diez años. Los bancos de datos informatizados del que es un ejemplo la UNISIST, de la UNESCO, amplían sin cesar la red a nivel mundial. Ciertamente las diferencias entre los países son mayores a medida que crece la complicación tecnológica: son menores en la radio que en la televisión y las mayores distancias se dan en el campo de la informática.

No podemos soslayar que un amplio ámbito valoral da pie a los mayores conflictos y que va a requerir análisis más cuidadosos. Se trata de aquéllos que pudiéramos designar en términos genéricos, *jurídico-moral*, *político-social* y *religioso* o de la *cosmovisión*. Son aquellos, en donde parece que la originalidad de cada cual excluye a los otros y que la única manera de mantener la convivencia es evitar entrar en tal temática.

Es lo que acontece cuando se encuentran dos viejos amigos dedicados a partidos políticos antagónicos. El común afecto parece que sólo pudiera mantenerse eludiendo la política y buscando una temática de afinidades compartidas: recuerdos de su época juvenil, amigos comunes, aficiones estéticas, una comida sabrosa y tantos gustos en los que se identifican, soslayando cuidadosamente los valores en fricción que pronto convertiría el diálogo en un choque frontal que haría la reunión incómoda y pondría en peligro la vieja amistad.

Esbozemos una primera metodología de acercamiento: La necesaria búsqueda del *máximo común denominador* de los valores *positivos* que parecen enfrentados. Veamos algunos ejemplos. Comencemos por los religiosos que por su radicalidad y profundidad parecen comprometer el diálogo. De hecho la historia y las guerras religiosas podrían abonar este enfoque. Pero dejemos el pasado que podría llevar a similares conclusiones en las convicciones políticas, en los intereses económicos y hasta en la mera expresión cultural, y analicemos el presente que resultará para nuestro problema mucho más revelador. De hecho se está dando con una intensidad creciente el acercamiento entre las iglesias e incluso actos litúrgicos comunes. La existencia del Consejo Mundial de las Iglesias es un testimonio irrefragable. ¿Cuáles son los valores que hacen posible no sólo la tolerancia sino la convivencia y más aún la acción en común, comunitaria?. Se trata de buscar los elementos coincidentes, en este caso Dios como fundamento universal, que da sentido a nuestras vidas y al orden moral.

Lo mismo acontece en el plano político. Los valores compartidos son más abundantes de lo que a primera vista pudiera parecer, enlazados con exigencias morales y comunitarias. Oriente y Occidente quieren salvar la libertad, la justicia, reducir flagrantes diferencias y desigualdades escandalosas, ofrecer a todos la posibilidad de una educación que les permita insertarse activamente en la sociedad. Todos prometen luchar por el desarrollo económico y social, respetar la dignidad humana y los derechos fundamentales del hombre y proclaman la búsqueda de la paz y de la comprensión entre los individuos y los pueblos. Hemos enumerado un conjunto de valores unánimes. Sería muy fácil en este momento obtener una mayor riqueza y precisión analizando los que se explicitan de una manera rotunda en las declaraciones, recomendadas y convenios internacionales. Recordemos la Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948; el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, apro-

bado el 16 de diciembre de 1966 y las declaraciones posteriores que desarrollan sus principios. En el plano educativo hay que mencionar las Recomendaciones de la Oficina Internacional de Educación, integrada en la UNESCO. De 1934 a 1981 fecha de la última Conferencia Internacional, se habían formulado 73 Recomendaciones, que constituyen un verdadero código prospectivo mundial de educación, aprobadas por todos los países.

Asimismo habrá que analizar los valores postulados en las Constituciones, así como en los preámbulos de las disposiciones legales en numerosos países. Descubriríamos coincidencias sorprendentes que nos permiten *valoraciones comunes*, base de una acción verdaderamente intercultural a nivel planetario.

Pero no basta determinar los *elementos comunes* y subrayar las *coincidencias* para el establecimiento del diálogo intercultural. Precisamente los factores más interesantes de este diálogo son, —de un modo similar a lo que acontece en el campo estético—, las aportaciones originales. No se trata en modo alguno de suprimir las diferencias. Tampoco resulta fácil integrarlas en una síntesis común. Lo fundamental es el tratamiento que pueda darse en la *comunicación axiológica*, en un plano de cooperativa igualdad.

Uno de ellos consiste en una *información adecuada*, en un conocimiento mutuo, en el respeto y la simpatía. Sin embargo en este flujo de información existen desequilibrios patentes. La Associated Press envía por término medio unas 90.000 palabras al día de Nueva York a Asia, y en sentido inverso llegan unas 19.000. La Agencia France Presse manda unas 30.000 palabras diarias y recoge unas 8.000, en la misma región.

A través de Nueva York, Londres y París pasa el 80 por ciento de las noticias. La información insuficiente, a veces deformadora y la invasión cultural, reclaman un Nuevo Orden Mundial de la Información, que puede contribuir a que todos sean autores, receptores y copartícipes en plano de igualdad.

Las concepciones más dispares pueden hacer reflexionar a cada una de las otras en esa *búsqueda incesante de nuevos bienes*, o en el intento y la tensión por actualizar los grandes valores de siempre, los que delimitan el ser y la dignidad del hombre, que va adquiriendo un perfil novedoso de acuerdo a las nuevas circunstancias.

Recordemos por ejemplo los derechos de educación e información, y también las exigencias de seguridad social o sanitarias, que han adquirido cotas inimaginables siglos atrás.

Para evitar confusiones conviene distinguir términos que se usan de una manera imprecisa. En primer lugar las *valoraciones* que

realizan individuos o los pueblos, sus estimaciones, su "ethos" particular. Tienen un claro aspecto psicológico o sociológico. Es una cuestión de hecho, motivo de análisis empírico y de tratamiento estadístico de comparación diacrónica y sincrónica y de interpretación. En esta significación se han centrado los subjetivismos, relativismos, agnosticismos y aún nihilismos valorales. Lo grave es cuando han querido trascender de la situación de hecho a la de derecho y quizá peor aún cuando han sustituido el término valoración por el de valor, hablando de cambios de valores cuando se trataba de cambios de valoraciones. Evitando los riesgos de esta significación, podemos entender la variedad de las respectivas culturas, sin desorientarnos.

Otras veces el sentido de valor se circunscribe al ámbito *ideal* cuya expresión más nítida se obtiene cuando empleamos para mentarlo el sustantivo abstracto: la salud, la verdad, la belleza, la justicia, etc. En este caso se trata de ideales que tienen una clara significación para todos y en los que se han fijado especialmente ciertos objetivos idealistas. La justicia no pierde su vigencia porque las injusticias se multiplican, ni la verdad queda malparada porque la mentira sea un comportamiento de lo más usual y cotidiano, al menos según se dice. Ni la salud pierde su interés porque los desequilibrios y las enfermedades nos asedien. El valor como ideal tiene un sentido claro, una referencia inmediata, y parece resistir a todos los relativismos. Se trata de una entidad abstracta nunca del todo alcanzada pero que imanta las acciones y da sentido al quehacer humano.

Es como la estrella polar o la cruz del sur que dirige la singladura de la nave, claro punto de referencia sin que sea un obstáculo el que jamás se toque. En su abstracción y generalidad parece gozar de una inmutabilidad en la que se han apoyado no pocas concepciones objetivistas y aún absolutistas del valor. Platón y la axiología fenomenológica sentían una especial predilección por esta significación. En tales ideales, Oriente y Occidente, la humanidad toda reconoce su faz común, todo hombre se siente hermanado con los otros en una empresa siempre incitante e inacabada.

Otra tercera significación es la que se refiere a los valores ya realizados, encarnados en los productos de la naturaleza o del arte, en las acciones y en las modalidades de la existencia. La comida o el avión, un libro de ciencias o un cuadro, una sinfonía, un templo o una organización política que eleve la vida del pueblo, son valiosas de suyo. En este caso se prefiere hablar de *bienes* es decir de *valores realizados*. Aquí es fácilmente explicable un cambio permanente,

una evolución indefinida. También aquí los relativismos tienen un cierto fundamento si bien se suelen confundir dos planos que con vendría distinguir: su *aceptación* en virtud de las necesidades, gustos o ideas del que los contempla o los usa, o bien su sentido en un *contexto* determinado el que les dio vida y en el cual nacieron. Ambas ópticas dan lugar a consideraciones muy variadas y a relativizaciones de diverso signo, que bien planteadas pueden contribuir a una comprensión mutua y estimación acrecida.

Resulta fundamental desde el punto de vista del diálogo intercultural afinar la capacidad para *sopesar los valores* en el triple sentido del enunciado: como *valoraciones*, como *valor* en su consideración abstracta, genérica, y en función de los *bienes* que encarnan la multiplicidad sin fin de posibilidades intrínsecas a cada valor.

El diálogo intercultural, ante el bombardeo de tan dispares realizaciones, nos plantea la exigencia de *afinar la estimativa*, de ser capaz de comprender el sentido y la función de tan distintos bienes en sus *respectivos contextos culturales*, de comprender la función que ejercen en el conjunto de un sistema. Cada cultura es un organismo vivo en que todas sus partes son coherentes. No se trata de que estén en implicación mutua lógica, en una secuencia rígida de modo que obtenida una parte se pueda reconstruir el conjunto, aproximadamente como se intentó rehacer algún animal prehistórico a partir del hallazgo de una vértebra.

Las culturas tienen unas posibilidades de articulación mucho mayores que las del ámbito físico, fisiológico o lógico-matemático. De ahí la facilidad con que se han insertado muchas palabras en los más variados idiomas —pensemos en el vocabulario técnico—. La luz eléctrica o el teléfono no son incompatibles con la vida rural, y los mismos vestidos o ritmos musicales son preferidos por las juventudes de todas las latitudes.

En cualquier caso *cultivar la estimativa, ampliar su ámbito*, es un ejercicio al que viene abocada la era planetaria y para ello hemos de beber en las fuentes abundosas de Oriente y Occidente. Necesitamos poner en juego un ejercicio *crítico, de discernimiento*, para separar lo verdadero de lo falso, lo útil de lo inútil, lo hacedero de lo puramente imaginario. Hay que educar las nuevas generaciones en un compromiso constante, habituarlas a ingeniar alternativas adecuadas y soluciones novedosas a los problemas y urgencias que a todos nos conciernen.

En las nuevas situaciones interculturales habrá que distinguir aquello que tiene un valor *universal* de lo que es contribución *original y singular*. Hay que conjugar adecuadamente los conociemien-

tos y lo que responda a las necesidades generales, de todos, de lo que tipifica la idiosincrasia de un grupo o un pueblo, tanto en sus aportaciones pretéritas cuanto en su contribución diferente, diferenciada, al bien común. Y tenemos que cultivar simultáneamente ambas vertientes.

Conviene registrar otra ley típica de todo el ámbito valoral: la que nos impulsa a trascender sin descanso en una búsqueda optimizante. El hombre está permanentemente insatisfecho. Esta es la raíz de todo progreso. Una vez lograda una cota en la ciencia, en el arte, en la técnica, en la convivencia, en las comodidades cotidianas, en la política o en la ética; requerimos ir más allá, anhelamos siempre más. El dinamismo valoral exige el *cambio superador*, un inacabable avance. Resulta a veces difícil mantener un equilibrio entre lo aprovechable del pasado y la necesaria renovación de cara al futuro, lo que hay que conservar y lo que hay que mejorar. Se impone de nuevo un fino sentido valoral y una exigencia de compromiso bajo el lema de que *todo puede ser y hacerse mejor*. Todos pueden aprender y enseñar a todos.

No se trata de un meditar crítico, frío, aséptico e incomprometido, aunque éste sin duda también tenga su lugar y su función en el mundo axiológico. Lo decisivo son nuestras aportaciones al progreso, lo que quede de nosotros, aquello que a las otras generaciones les permitirá instalarse en más altos niveles y dejarnos atrás. Lo cual no es una visión ingenua de un progreso rectilíneo que se nos regale. El imperativo de un mundo en cambio, y la sensibilidad impuesta por las nuevas urgencias, es convertirnos en *creadores*. Las nuevas generaciones prefieren forjar la historia más que aprenderla, lo cual no implica ignorarla. La creación es toda *innovación valiosa*, cambiar por cambiar no sólo carece de sentido sino que puede llevar a resultados desastrosos. Havelock y Huberman en su obra "Innovación y problemas de la educación" hacen una llamada al sentido ético del innovador, no sea que vaya a destruir sin traer nada en sus manos. Pero en cualquier caso la vocación creadora del hombre, con todas las precauciones apuntadas, es constitutiva del mundo axiológico y ni debe ni puede ser frenada aunque puede tener una realización más o menos adecuada. La creación es otra clave para el dinamismo intercultural.

La comunicación de las culturas nos puede llevar a un ideal axiológico siempre buscado y nunca logrado del todo. La civilización occidental tal vez por una radicalización de la división del trabajo, ha llegado a la separación y al conflicto de valores que puede *desintegrar la cultura* haciéndonos perder el norte. La técnica, el ar-

te, las comodidades, el poder, la economía, la política y la responsabilidad social, parecen instancias autónomas. Cada cual se preocupa de cultivar "su valor" en autonomía, aislamiento y aún en guerra abierta con otros valores. Da una impresión de una cultura en no pocos aspectos deshumanizada. Pero al sentido individualista competitivo occidental, se opone, y le complementa, el grupal y cooperativo que define mejor las civilizaciones orientales. Mientras que el sabio occidental es el que sabe muchas cosas, especialistas de una parcela minúscula del saber, tal vez ignorante de sí mismo, el sabio oriental es un maestro de vida, su saber es a la vez un saber vivir. Quiere alcanzar la auténtica sabiduría.

Este es el desafío con que se enfrenta el diálogo intercultural, hacer un esfuerzo tenso para no separar sino *integrar los valores*, para ordenarlos en una *jerarquía articulada*, comprometerse para *ampliar el ámbito axiológico* progresivamente y enriquecer de bienes la existencia. Hay que libar de todas las culturas sus más originales descubrimientos y aportaciones en todos los ámbitos: sanitario-deportivo, tecnológico-económico, estético, intelectual, moral, social y los que se refieren al sentido del mundo y de la vida, en sus cuestiones más radicales y trascendentes.

Esto requerirá una auténtica democratización en el sentido de que alcance al máximo número posible de bienes a todos de acuerdo con su particular idiosincrasia y en cuya forja se sientan autores y protagonistas. Valores que tendrán que ordenarse desde una perspectiva progresivamente más universal estimulada desde Oriente y Occidente, y que se modularán de acuerdo a las características de las culturas regionales, nacionales y de las minorías; defender la originalidad de cada cultura para que se mantenga y potencie su mensaje en el concierto armónico de los pueblos, y a la vez avanzar hasta una apertura mundial, dispuesta cada una a reconocer y recibir los bienes alumbrados por los demás.

Un ámbito valoral que mueva a conservar un rico patrimonio y a la vez nos implique a todos en la tarea de optimizar lo actual, que deje atrás hedonismos, "pasotismos", relativismos paralizantes, olvidos, desprecios y conflictos que pueden desembocar en la aniquilación total. Hemos de engendrar posibilidades axiológicas inéditas, que nos esperan e incitan siempre.

El diálogo inaplazable en definitiva tendrá que facilitar la comunicación de todas las culturas en mutua fecundación y ofrecer pautas e ideales, posibilidades y compromisos, para que el mundo planetario y en cambio vertiginoso que nos toca vivir, sea sencilla-

mente más fraterno, más valioso, más creativo, hecho por todos y para todos.